



Cómo infundir esperanza

José Carlos Bermejo

Desde que hace años leí un testimonio de un enfermo, citado por Colombero en su libro "La enfermedad: una estación para la valentía", me gusta citarlo en diferentes charlas y conferencias como invitación a la autenticidad y como provocación a la reflexión sobre la esperanza. Dice así:

"¿Qué razones tengo yo para esperar? Dígamelo usted. Usted que me conoce, dígame qué puedo esperar yo todavía. Pero 'sinceramente'; no me tome el pelo como todos los demás que no saben decir más que: ¡Ya verás que las cosas irán mejor! ¿Qué significa 'mejor' para mí? Tengo la cabeza que... nadie puede imaginar cómo tengo la cabeza... No puedo ni estar sentado, ni leer. Ya no me queda nada. No me queda nada. Y aun así, tengo que esperar. Así lo quieren. Además de estar desesperado, tengo que disimular que no lo estoy. Dígame qué hago yo con este mal. ¡A veces ya no puedo más! Tengo miedo, pero deseo morir de una vez. Dígame usted: ¿qué tengo que hacer, qué tengo que esperar?"

Tener esperanza

Las palabras del enfermo que se expresaba así me resultan provocadoras. Me invitan a abandonar la palabrería ante quien se encuentra en medio del sufrimiento y a reflexionar sobre cómo infundir esperanza sin caer en los tópicos de siempre. Por eso, me he preguntado qué significa infundir esperanza.

Recuerdo una experiencia personal que me sucedió ya hace un par de años. Una enfermera me llamó por teléfono angustiada ante el hecho de contemplar a un paciente en fase terminal que le decía repetidamente: "*Ayúdame, necesito mucha ayuda*". "*Me siento impotente —me dijo—. No sé qué decirla. ¿Puedes ir a verla?*" Y ciertamente era para sentirse así: 42 años, profesora, enferma desde hacía 14 años y desde hacía dos y medio viviendo sucesivos ingresos, intervenciones, cada vez de más envergadura y con menos esperanzas.

Fui a verla. Estaba con su madre, en la habitación del hospital. En seguida me dejó solo con ella. Recuerdo su aspecto, propio de quien está viviendo sus últimos días: las manos frías, la cabeza caída, los ojos apagados... No tardó mucho en comunicarme lo que estaba sintiendo: "Esto es muy duro. Cada vez más duro. Tengo mucho miedo. Tengo miedo a morirme. No quiero morirme. Creo que me voy a morir y yo no quiero morirme. Quiero tener esperanza." A la vez que me resultaron escalofriantes aquellas palabras, me interpelaron profundamente.

No sé si mis palabras infundieron alguna esperanza. No lo creo, porque en realidad hablé muy poco. Sobre todo escuché. Difícilmente después de aquel encuentro me podría haber dicho lo que Job, "el hombre sufriente de siempre", les dijo a sus amigos que querían consolarle: "¿Hasta cuándo atormentaréis el alma mía y con palabras me acribillaréis?", porque palabras de mi parte no hubo muchas.

La verdad es que deseos de responder a su demanda sí que me habitaban, pero ilusiones de que se pudiera curar no, porque francamente su aspecto lo decía todo. Y sin embargo ella quería tener esperanza. En realidad creo que la tenía, porque pedía ayuda. Y el que pide ayuda es porque tiene esperanza, porque confía que hay alguna posibilidad.

Me parece cierto aquello que decía un enfermo: "Mire, lo he descubierto en estos meses: la esperana es como la sangre: no se ve, pero tiene que estar. La sangre es la vida. Así es la esperana: es algo que circula por dentro, que debe circular, que te hace sentirte vivo. Si no la tienes, estás muerto, estás acabado, no hay nada que decir. . . Cuando ya no te queda esperanza es como si no tuvieras sangre... Quizás estés todo entero, pero estás muerto." No se puede vivir sin esperanza, sin esperar y sin ser esperado.

La esperanza tiene muchos nombres

Recuerdo cuando hice una investigación sobre los enfermos de sida, allá por el año 91. Una de las preguntas abiertas hechas a 230 enfermos y a la que respondió el 77%, permitió ver cómo cada uno daba nombre a su esperanza con esta prioridad: la vacuna, curar, no empeorar, vivir nuevos valores descubiertos, Dios, morir, tener un hijo, liberarse de la droga, encontrar trabajo. También cinco respondieron diciendo que no tenían ninguna esperanza. Viendo estos resultados nos damos cuenta de que algunos nombres (que alcanzaban el 47%) tienen el sabor de "deseos prohibidos", imposibles.

Parece que la esperanza es el motor que empuja, apoyado en la base antropológica del deseo y de la espera, a luchar por lo que se ve como bueno, liberador, gratificante. La esperanza es, por eso, un dinamismo del presente, como la sangre, que da vida, que circula, pero que necesita también ser oxigenada. Parafraseando el imperativo categórico de Kant, Laín Entralgo ha escrito: "Vive y actúa como si de tu esfuerzo dependiese que se realice lo que esperas o desearías esperar". La esperanza hace que el presente sea vivido en tensión y que se anticipe el sabor de lo esperado, pero sin agotarlo.

La esperanza tiene que ver con la confianza, no con el optimismo superficial o con la certeza absoluta. Más bien es hermana de la inseguridad y del miedo, pero conviviendo con el coraje, la paciencia, la entereza y la constancia. Esperar es aguardar con paciencia; no con resignación pasiva, sino con la confianza que mueve hacia lo deseado.

Infundir esperanza

Karl Lehmann, hablando de la relación con los enfermos de sida y de la esperanza, decía en un congreso: "Al confortar con palabras de esperanza, a un enfermo grave, nunca hay que pasar ligeramente sobre la amarga realidad del sufrimiento y de la muerte, sino que se debe sostener la entera realidad del ser humano que sufre."

Y es que, a la hora de infundir esperanza podemos caer en la tentación de pasar por encima de los sentimientos de la persona concreta, querer inyectar ilusiones superficiales nacidas de deseos poco sólidos.

El símbolo de la esperanza es el ancla. Infundir esperanza no es otra cosa que ofrecer a quien se encuentra movido por el temporal del sufrimiento, un lugar donde apoyarse, un agarradero, ser para él ancla que mantiene firme, y no a la deriva, la barca de la vida. Ofrecerse para agarrarse, ser alguien con quien compartir los propios temores y las propias ilusiones, eso es infundir esperanza.

Quien no tiene dónde agarrarse, en quién confiar, en quién abandonarse en último término, no tiene esperanza, está solo, como en el infierno de Dante, a cuya entrada se lee: "Los que entráis aquí, abandonad toda esperanza."

En medio del dolor, la relación de ayuda, la que inspira confianza y es oferta de sí mismo para apoyarse, es fuente de esperanza.